

Dos poemas no coleccionados de Rubén Bonifaz Nuño

Con treinta años cumplidos, tres plaquettes y un libro de poemas en su haber, Rubén Bonifaz Nuño envió a concurso cinco sonetos dedicados a la Virgen. El destino de esta colección fueron los Primeros Juegos Florales Sahuayenses de 1954. Aunque no tuvo la fortuna que lo había acompañado en otros certámenes, su trabajo mereció una mención. Dichos sonetos fueron publicados en las memorias del concurso, al año siguiente de la entrega de los premios, al lado de los poemas de los ganadores y de los otros participantes que también recibieron mención honorífica. Cinco lustros después, de cara a la organización de su poesía reunida, Bonifaz Nuño sólo rescataría tres de los sonetos remitidos a la justa poética de Sahuayo; con cambios sustantivos y retoques, esos tres poemas aparecen en la sección “Algunos poemas no coleccionados (1954-1955)” del volumen De otro modo lo mismo (1979) bajo el título “La rosa”. El cambio del sujeto del poema, de “La virgen” a “La rosa”, no altera la atmósfera de sagrado misterio respecto de la creación aunque sí borra ciertos referentes cristianos. Aventuro que la revisión y la “actualización” de estos poemas, las realizó en esos años intermedios de la década de los cincuenta, todavía bajo el influjo de sus lecturas rilkeanas. Sin embargo, el autor de El ala del tigre no aprobó para su publicación en su obra reunida dos sonetos de aquel pentagrama lírico, de tema mariano, enviados a las justas sahuayenses. Bajo ese contexto, y sólo como curiosidad literaria, damos a conocer estas dos piezas líricas, puente literario entre el Rubén Bonifaz Nuño de Imágenes (1953) y el que escribiría poco después Los demonios y los días (1956).

Ernesto Lumbreras

Sonetos a Nuestra Señora (1954)

II

Qué claridad tranquila y rosa pura
la de tu nieve encima de este fuego;
encima de estas llamas, qué sosiego,
qué promesa de paz y de ventura.

Ardo: tu amor es agua de frescura.
Eres amor: a ti soñando llego.
Oigo que llamas, y te sigo ciego.
Estoy enfermo: tienes tú la cura.

No te digo que sufro, ya lo sabes;
miras que estoy quemándome, y me llamas,
ves crecer mi dolor que no te alcanza.

Pero mi corazón para que me acabes
con el tormento, gime; están las horas
llenas con mi temor y tu esperanza.

IV

Mi amor es tierra, tierra mi camino;
de tierra soy sin fruto; son de tierra
la sed y la amargura, y esta guerra
cruda que me deshace tan sin tino.

Sobre la tierra, tú. Temblando inclino
bajo tus pies el corazón que encierra
mi soledad, la sombra que me aterra,
mi espanto —tierra— en tierra peregrino.

Deténte sobre mí; detén tus ojos
sobre mi pesadumbre seca y muda;
álzate sobre mí, perfecta y clara.

Soy solamente tierra con abrojos
cuando sin ti mi ser se me desnuda.
Y de tu ser mi tierra me separa.